

¿Crepúsculo o amanecer?

J. R. LASUEN

La Economía Regional y, en general, la Ciencia Regional está, desde hace ya algunos años, en una profunda crisis, como describe Kuklinski (1978).

¿Desaparecerá, como parece temer Friedman (1979), o resurgirá, como confía Funck (1975)?

Mi opinión es que, como consecuencia de la crisis mundial, se va a producir una fuerte ampliación e intensificación de la demanda de planeación regional, pero de características tan diferentes a las del pasado que significará, de hecho, una ruptura más que una continuación de la literatura previa, tanto teórica como práctica.

Nuevos temas, evaluaciones, aproximaciones y conceptos. Eso es lo que cabe esperar en este ámbito. Con la probable excepción que puede significar la revitalización del enfoque de Perroux, pero en su espíritu original, no en el desarrollado por la escuela francesa en el pasado.

Temática

Los temas serán probablemente lo que menos varíe en el nuevo universo de la Economía Regional.

Veámoslo en referencia a los previos.

Los problemas básicos que originariamente motivaron el desarrollo de la Economía Regional fueron: 1) la necesidad de improvisar aceleradamente la industrialización pesada, carbón-acero-mecánica, de zonas vírgenes con grandes recursos naturales pero sin infraestructura física ni social, que se planteó en la URSS a partir de los años veinte y en los países del COMECON a partir de la última postguerra; 2) la necesidad de corregir el paro estructural de empleo poco calificado, enquistado en zonas mal comunicadas y especializadas en actividades regresivas, de imposible absorción me-

diante las políticas Keynesianas de gasto público, que comenzó a plantearse en Inglaterra y EE. UU. a partir de los treinta y en el resto de los países de la OCDE a partir de los cincuenta; 3) finalmente, la necesidad de corregir la disparidad creciente de bienestar entre sus regiones, que generaban las políticas de desarrollo nacional en los países del Tercer Mundo, como consecuencia de la pauta colonial o semi-colonial de uso del espacio sobre las que se implantaban y de la dependencia sociopolítica bajo la que se realizaban.

Naturalmente, ninguno de estos problemas se ha solucionado de manera mínimamente satisfactoria, excepto en países de excepción en cada caso, como Polonia, Suecia y China, por ejemplo.

Y, normalmente, se van a acrecentar en la crisis actual. Pero, además, se van a generalizar, rompiendo la especialización con que antes se producían, arriba indicada. En efecto, la necesidad de acelerar el desarrollo de la nueva industria microelectrónica —cibernética— biogenética se va a sentir tanto en el mundo oriental como en el occidental, la reconversión de empleos en zonas deprimidas con industrias obsoletas, igual. Y la necesidad de cambiar radicalmente la estructura de asentamientos y usos del espacio heredados, como consecuencia del encarecimiento energético, va a ser común a todos los mundos; no específica del Tercer Mundo.

Evaluación

Más profundo será el cambio en la evaluación relativa de esos problemas.

En el pasado reciente, la problemática regional ostentaba, dentro del ámbito de la teoría y política económicas, una prioridad de tercer orden. Estaba subordinada a la problemática macroeconómica e incluso a la inter-industrial.

Y, aunque ello irritara a los teóricos y planificadores regionales, por razones muy coherentes con los principios rectores del Estado de Bienestar (en sus diferentes versiones), dentro del que se producía.

En efecto, el Estado de Bienestar, que surgió como respuesta a la crisis secular de 1936 a 1952, para reducir el paro y reestructurar el gasto hacia los nuevos sectores industriales, precisó llevar a cabo una concentración del poder en manos del Estado que le permitiera fijar el nivel y, en algunos casos, la composición por sectores de la demanda. Lo que, obviamente, redujo las decisiones económicas de ámbito territorial a un nivel de prio-

ridad aún inferior al que ostentaron en el Estado Liberal previo (que es el que inició la centralización política y económica), porque al menos éste había reconocido a la problemática regional una importancia parecida a la interindustrial (aunque menor que la macroeconómica).

El Estado de Bienestar, de hecho, al mismo tiempo que creaba la necesidad de una Economía Regional, imposibilitaba su desarrollo efectivo. No sólo por la concentración nacional del poder, sino por el ejercicio homogeneizante del mismo a que ha tendido su burocracia.

La irracional intencionalidad de universalización de las técnicas de la planeación regional, la utópica ambición de integración pluridisciplinar, la absurda pretensión de homogeneizar con métodos administrativos los aparatos de planificación y la subordinación total de la planificación regional a la sectoral, etc., que actualmente se reconoce han sido errores fundamentales de la experiencia pasada, han sido la consecuencia inevitable de esa práctica universal de la concentración y de la burocratización del poder que ha supuesto el Estado de Bienestar.

Afortunadamente, como explico en mi último libro (1979), estos condicionantes exasperantes de la Economía Regional desaparecerán, sin duda, en la crisis mundial actual, porque ésta se llevará por delante el Estado de Bienestar, en su día necesario pero hoy superado.

La actividad productiva que constituirá la base de la nueva sociedad será la aplicación de la microelectrónica, cibernética, biogenética, etc., a los diferentes procesos productivos físico-químicos previos, lo que necesariamente resultará en una tendencia hacia la heterogeneización del individuo y descentralización del poder social.

La nueva sociedad de ello resultante, la Sociedad Científica, será crítica; más igualitaria, pero más diversificada; más contestataria, pero también más participativa; más racional y creadora.

Consecuentemente, el Estado deberá organizarse de acuerdo con los criterios (contrarios a los del Estado de Bienestar) de individualización de medios y fines, de contestación de alternativas, descentralización de decisiones y de concertación de aplicaciones.

En este Estado post-industrial, post-bienestar, cuya función, como dice J. Robinson (1972), deberá ser fijar no sólo el nivel adecuado del gasto (para asegurar el pleno empleo), sino fijar la composición del gasto (para satisfacer la demanda creciente de «calidad de vida», como indico en la obra referida), la Economía Regional tendrá una prioridad muy superior a la previa. Mayor sin duda que la industrial y parecida a la macroeconómica.

La aproximación

Con parecida intensidad deberá variar la aproximación y el análisis utilizado.

Dice Friedman que la Ciencia Regional se ha construido en torno a la noción analítica de «centro de crecimiento» y que ha fracasado con él, porque este concepto no sólo ha resultado poco operativo, sino que, al menos en países poco desarrollados, ha sido contradictorio con la realidad.

Es una evaluación que comparto y que anticipé casi en los mismos términos (1969), pero que hoy me parece incompleta.

Porque creo que no sólo ha fallado el concepto de «centro de crecimiento», sino el más amplio de la relación «centro-periferia», por lo menos en su versión simple al uso, que ha sido el marco conceptual en el que se ha insertado el de «centro de crecimiento» y sobre el que se ha construido toda la Economía y la Ciencia Regional, cualquiera que fuera su punto de vista ideológico.

En efecto, la aproximación «centro-periferia» surgió en el ámbito económico estricto (Perroux, 1955; Myrdal, 1957; Hirschman, 1958), para argumentar que el crecimiento económico no se origina ni se difunde homogéneamente, como pensaban los autores neoclásicos, ni en el espacio geográfico, ni en el sectorial, ni en el organizativo.

Fundamentándose básicamente en la obra de Schumpeter (1937), estos autores destacaron principalmente, cada uno en diferentes términos y desde diferentes ópticas, que el crecimiento económico normalmente tiene lugar de forma heterogénea; se produce más en unas empresas, actividades, lugares y naciones que en otras. Pero, además, adujeron que, en virtud de diferentes causas, esta concentración inicial tiende a reforzar acumulativamente a lo largo del tiempo, absorbiendo para ello recursos de las empresas, lugares y naciones circunvecinas. De manera que lo que, en definitiva, sugirieron es que el crecimiento es doblemente heterogéneo: Tiene lugar mediante una desviación al alza en los «centros de crecimiento» que genera, al mismo tiempo, el crecimiento anormal, a la baja, de sus zonas dependientes.

Y para describir esta pauta, que creyeron genérica, del crecimiento, que por ello calificaron de «polarizada» (porque tenía lugar en torno a las empresas, actividades, lugares, naciones motrices), eligieron la aproximación metodológica «centro-periferia», porque permitía visualizar fácilmente cómo el «centro» dinámico (empresa, sector, región, nación) crece debido, inicialmente, al impulso originario y, posteriormente, a los recursos que

extrae de su entorno, de su «periferia», cuyo decrecimiento fomenta. Por lo menos, hasta que el centro alcanza el techo de su crecimiento a partir del cual el proceso se invierte: pacífica o violentamente, el centro cesa de crecer y explotar a su periferia y el beneficio del crecimiento revierte a ésta, de manera absoluta o relativa.

¿Por qué ha fallado el marco «centro-periferia»? Para destacarlo veamos brevemente su sentido preciso.

Las versiones del «centro-periferia»

Desde su inicio, en el ámbito económico, el marco «centro-periferia», tuvo dos versiones, una fuerte y una débil.

En su versión fuerte, la polarización inicial tiende a ser permanente y creciente. En la versión débil, temporal y decreciente.

La polarización fuerte implica que el mecanismo de crecimiento es un proceso de cambio social que amplifica las desviaciones originarias. El crecimiento es un proceso regido por el principio del equilibrio «lábil» (que una vez roto no se reequilibra), como afirmó Myrdal; no, por el del equilibrio «pendular» (autoequilibrante), tradicional en la teoría económica. O, como definió con mayor precisión, posteriormente, Maruyama (1963), el crecimiento es un proceso «morfogenético», que amplifica las desviaciones originarias (que pueden ser debidas al azar), y les da una forma cada vez más precisa.

La polarización débil parte del supuesto contrario. Perroux e Hirschman, por ejemplo, creen que el crecimiento tiene una causación de tipo clásico. Es una desviación temporal, producida por rigideces de varios tipos (economías de escala, internas y externas, complementariedades de factores y productos, economías de transporte, etc.), que tienden a autocorregirse una vez que se superan.

De las dos versiones, inicialmente, la más aceptada ha sido la débil. ¿Por qué? Por su mayor facilidad analítica. El papel del análisis dentro de una u otra versión es, en efecto, muy diferente. Myrdal, que rompe con toda la tradición de la causación económica previa tiene que explicar, fundamentalmente, por qué y cómo el crecimiento económico es morfogenético y, después, qué factores pueden retardar esa polarización inevitable. Perroux e Hirschman, por el contrario, sólo tienen que revelar qué causas prolongan la polarización inestable.

Y, por tanto, es fácil comprender que Myrdal tuviera poco éxito y que

la mayor parte de la investigación regional (más conservadora) siguiera las huellas de Perroux y, más aún, las de Hirschman.

Tratar de precisar, como necesita Myrdal, qué factores pueden explicar que el crecimiento se produzca de acuerdo con una pauta crecientemente estructurada es, en efecto, muy difícil, en todas las ciencias naturales. Dentro de las fronteras actuales de la Economía es probablemente imposible, porque es muy difícil introducir en su cuerpo teórico cualquiera de las dos hipótesis disponibles para explicar ese tipo de crecimiento alométrico. A saber, el cambio secuencial «programado» (genético) de los parámetros del sistema, que utiliza la Biología (von Bertalanfy, 1956), y el cambio secuencial «aprendido» pero «definido» de los parámetros del sistema, de los procesos de aprendizaje cerrados de la Cibernética (Ashby., 1962) que revela la Teoría General de Sistemas.

El «centro-periferia» socio-político

Por eso, cuando la realidad pareció probar que se comportaba más de acuerdo con la versión fuerte, ésta tuvo que justificarse fuera de la Economía, a partir de la interpretación socio-política del esquema centro-periferia, que comenzaron a introducir Friedman y Alonso (1964).

La solución propuesta surgió como respuesta a esta pregunta: ¿por qué, según muestra la realidad, se mantiene la relación centro-periferia aun después de que el centro ha madurado totalmente e incluso después de que se ha tornado obsoleto, retrógrado?

Porque la relación de dependencia económica centro-periferia da lugar a una de dominancia socio-política centro-periferia, que la perpetúa tanto en el éxito (si el centro sigue experimentando nuevos impulsos de crecimiento), como en el fracaso (si no lo hace).

Friedman y Alonso fueron el gozne de esa transmutación del argumento económico en socio-económico. Su argumento fue doble. Inicialmente, el crecimiento económico, de la variedad Perroux-Hirschman, se concentra en un «centro de crecimiento» que absorbe los recursos de su entorno. Pero no tiende a decaer, aunque cese el impulso económico, porque posteriormente, el centro ejercita el poder económico alcanzado para colonizar socio-políticamente a su periferia, ligándola así, subordinadamente, a su destino.

Esta concepción mixta, económico-sociopolítica, del esquema centro-periferia, significó un robustecimiento deseado de la versión fuerte de Myrdal, porque aunque más débil analíticamente se aproximaba más a la realidad y, además, respondía a las dos tradiciones académicas prevalentes (la econó-

mica, autoequilibrante, y la sociológica, desequilibrante) y fue, a su vez, objeto de tres tratamientos diferentes.

El más moderado, del propio Friedman, mantiene dos niveles metodológicamente independientes. El económico sigue siendo el de la polarización débil descrito: la desviación temporal sobre la convergencia que garantiza el principio de la armonía social. El sociológico, que denominaré de polarización media, está construido sobre el concepto de conflicto social de Dahrendorf (1959), que produce efectos que se sitúan entre la convergencia de la armonía y la explotación (revolución) del conflicto irreductible marxista y, por tanto, permite polarizaciones fuertes, débiles o intermedias, según cuál sea la dominación socio-política centro-periferia resultante.

El más radical, que se sitúa fuera del análisis económico prekeynesiano, es el de la escuela de la teoría de la dependencia. Frank (1969), resuelve la indeterminación que encierra el esquema centro-periferia de dos niveles (económico y sociológico) de diferente metodología, adoptando una única, la marxista, que subordina totalmente el nivel económico al socio-político. El centro nacional domina y explota a su periferia, y produce no su desarrollo, sino su subdesarrollo creciente, porque, como el centro nacional es a su vez parte de la periferia del centro capitalista mundial, no utiliza los recursos que absorbe de su periferia para su propio desarrollo y el de su periferia, sino que los transfiere al centro mundial.

La forma de evitar esa causación, de impedir el subdesarrollo creciente de la periferia nacional no consiste, por tanto, como habitualmente se cree, en potenciar su «centro», sino en romper la dependencia del «centro nacional» respecto del centro mundial.

Independientemente de las cualificaciones que exige el análisis de la «explotación» marxista que es el que da contenido al esquema, y que ciertamente permite un nivel de crecimiento y bienestar considerable a la periferia, salvo en sus versiones más burdas, el esquema centro-periferia marxista, recomienda soluciones altamente improbables en virtud de supuestos irreales.

¿Es probable esa ruptura? Y, aun aceptando que lo sea, ¿es viable? Pues, en cualquier caso, ¿es el capitalismo el único imperialismo? Y, ¿puede haber desarrollo sin alguna forma de colonialismo?

En el esquema marxista la ruptura de la dominación exige una revolución «proletaria» de la periferia del centro mundial en coalición con la periferia de la periferia muy difícil de lograr, o la armonización de los intereses del centro y de la periferia del país dependiente, y su revolución «nacionalista» posterior contra el centro mundial, más fácil (provisto que se obtenga la armonización previa).

Pero, ¿puede el país así independizado garantizar su crecimiento?

Si el desarrollo de los diferentes países es, como piensa McNeil (1963), y como también creo, producto de la adopción de las innovaciones generadas y difundidas internacionalmente, y estos procesos están, históricamente, crecientemente controlados por los que los generan, es obvio que los países no pueden garantizar su desarrollo liberándose de la dependencia. Tienen que convertirse en un centro de generación de innovaciones, lo que es altamente improbable, o subordinarse, al menos temporalmente, a un nuevo esquema imperial.

Pero, ¿es que hay otros «centros» de dominio mundial no capitalistas? El esquema centro-periferia lo niega, pero la realidad lo impone. El «hegemonismo» comunista de Moscú que denuncian constantemente los chinos es la última versión del «otro» u «otros» centros polares que la historia muestra han existido siempre.

Por eso es también insatisfactorio el esquema «centro-periferia» fuerte de Galtung (1971), que aunque libre de los defectos del análisis marxista convencional, sigue proponiendo un esquema centro-periferia simple, unipolar, irreal.

El país dominante de Galtung, el centro mundial, no explota como en el modelo marxista su propia periferia. Al revés, el centro mundial explota a sus países periféricos a través de sus centros nacionales, que actúan como sanguijuelas de sus propias periferias. Es un hecho diferencial básico, sin duda, que explica perfectamente la conducta conformista del proletariado occidental, porque como el centro del país dominante sustituye la explotación directa de su periferia por la indirecta (a través de sus centros nacionales dependientes) sobre las periferias de los países dependientes, la explotación mundial favorece tanto al capitalista como al proletario dominante, fenómeno que no puede explicar el esquema marxista. Un rasgo diferencial muy realista que no le impide explicar, igual que el esquema marxista, el distanciamiento creciente entre los dos países (el dominante y el dependiente), pero también, lo que no hace el marxista, la creciente armonía social en el país dominante, ya apuntada, y el desarrollo real del país dominado. Un desarrollo mayor que el que existiría si no existiera esa relación de dependencia entre su centro nacional y el mundial, pues sin ella no existiría normalmente transmisión del desarrollo mundial, que la sociedad atrasada difícilmente puede generar por sí misma.

Adicionalmente, el esquema de Galtung facilita la explicación del cambio de liderazgo en los centros, y ésta también es una mejora esencial sobre el centro-periferia marxista. En efecto, aunque excluye la revolución «pro-

letaria», no impide la revolución «nacionalista» y, precisamente, es esa revolución nacionalista, la que permite concebir cómo un país puede trasladarse de la periferia al centro, como han hecho USA, Japón y Alemania, desplazando al antiguo centro (Inglaterra y Holanda) a la periferia.

El «centro-periferia» multipolar

Pero incluso esta versión mejorada del centro-periferia fuerte, es incapaz de describir y proyectar de forma operacional la dinámica fundamental de las zonas atrasadas. No sólo porque no incluye una descripción adecuada de las tensiones particulares entre la periferia y el centro del país periférico, que, en parte, se podía describir por medio de la teoría del «proto-proletariado» (Fanon, 1963; Geertz, 1963; Santos, 1971; Missen y Logan, 1977; McGee, 1974), tanto en su versión conservadora como revolucionaria, sino porque considera, y creo que este es el mayor fallo de todas las áreas dominantes y dominadas son homogéneas o únicas. En otras palabras, porque sólo contemplan el caso anormal de «un» centro y «una» periferia.

Y precisamente el hecho real más distintivo del mundo, como de la mayor parte de los países, es que son pluripolares, es decir, están constituidos por un centro con varias periferias encabezadas por centros menores, que sufren impactos cambiantes y conflictivos que determinan tipos de conducta que se encuentran entre los dos extremos que pueden analizar el modelo centro-periferia unipolar fuerte: el imperialismo o la revolución (proletaria o nacionalista).

De manera que cualquier concepto analítico sociológico o económico que se introduzca en el esquema centro-periferia unipolar, está abocado a fracasar, como la noción de «polo», porque el esquema centro-periferia unipolar lo esteriliza. Le obliga a tratar de interpretar la realidad en términos de las dos respuestas que permite, dependencia total o revolución nacionalista completa, que son muy improbables y, en cambio, le impide intentar explicar toda la otra gama de respuestas que se dan en la realidad.

Por tanto, creo que se puede afirmar que lo que ha fallado y falla en la Economía Regional es el esquema, el marco centro-periferia, no tanto el concepto analítico, el «polo», el «lugar central», etc., utilizado para explicar las relaciones entre el centro y la periferia. Y, por consiguiente, lo que precisa más la nueva Economía Regional, no es superar las nociones analíticas utilizadas de polo, lugar, central, etc., sino la aproximación en que se insertan: el centro-periferia unipolar.

Pero ¿es necesario abandonar el esquema centro-periferia completamente?

No, en absoluto. La Historia muestra que, efectivamente, las relaciones entre países y entre regiones responden en gran medida a la pauta dominante-dependiente. El esquema es útil. Lo que hay que superar es su simplicidad, porque también muestra la Historia que, excepto en los períodos brevísimos, nunca ha habido un centro y una periferia mundiales, y la Geografía actual revela también que pocos de los ciento sesenta y tantos países existentes pueden explicarse mediante el esquema de un centro único y una periferia homogénea. Casi todos los países son, de hecho, estados plurinacionales, con varios centros y con varias periferias. De manera que tanto la evolución del mundo como la de los diferentes países hay que estudiarlos bajo la perspectiva, más compleja pero más real, de varios centros en conflicto entre sí, con varias periferias dependientes, también en conflicto entre sí y con sus centros de dominio.

Y esta aproximación polos y periferias no excluye la utilidad de la noción de «polarización». Al revés, todas las relaciones entre los varios centros y las varias periferias están polarizadas, y el concepto de «polo» de crecimiento y de desarrollo es muy útil para analizarlas.

Pero no en los términos en que la escuela francesa ha centralizado la noción original de Perroux. Como advertí hace diez años (1969), al evaluar el artículo seminal de Perroux, la concepción de la Economía Regional en torno a la idea de «un» polo de desarrollo que organizaba el «espacio» regional, estaba abocada a fracasar, porque tal como se había definido, primero, no era operacional, y segundo, implicaba una pauta de evolución irreal y, en conjunto, significaba un callejón sin salida

Un callejón sin salida, que también advertí, era necesario e injustificado, porque la aportación metodológica de Perroux de la que se derivaba el concepto de «polo» era más amplia y prometedora. Un callejón ciego que intenté evitar, proponiendo, en artículos posteriores (1976), un nuevo enfoque a la Ciencia Regional, que percibí desde el espíritu más que de la letra de Perroux y que creo todavía válido, sobre todo si se inserta en una aproximación centro-periferia pluripolar, que le añada la dimensión sociológica que permita explicar la inercia que la Historia y la Geografía muestran.

Sugerí, entonces, una síntesis metodológica que trataba de integrar las diferentes aportaciones en el terreno de la economía espacial (la teoría de la localización y uso de la tierra, en sus diferentes especializaciones, la economía urbana y la economía regional), primero, en una versión estática y,

luego, en otra dinámica, desde la concepción perrouxiana de que los diversos tipos de concentraciones geográficas de la actividad económica eran proyecciones sobre ese espacio, corregidas por distintos factores, de los mismos procesos que producían otros varios tipos de concentraciones en el espacio sectorial, interindustrial, organizacional, etc.

Sugerí, en definitiva, que el concepto de «polo» o de «centro» único y físico era erróneo, porque el enfoque de Perroux implicaba un «sistema» cambiante de «polos», producto de la convergencia de múltiples polarizaciones en diferentes «espacios», y sugerí, también, que ese sistema no era exclusivamente geográfico, sino sectorial, organizacional, de manera que muchas veces su proyección geográfica podía transformarse mejor mediante políticas sectoriales y organizativas.

Me queda ahora, por añadir, que aquel esquema que permitía actuar sobre el espacio geográfico desde muy distintos campos; el administrativo, macroeconómico, industrial, organizacional, etc., de una forma coherente (a nivel nacional, regional, local y por actividades: primarias, secundarias, terciarias), era y es compatible con un esquema de centro-periferia multipolar fuerte y permitía explicar los cambios entre centros y periferias.

Lo que no podía explicar, porque no lo intentaba, ni resultaba posible, porque su enfoque estrictamente económico no lo permitía, era la permanencia de centros dominantes una vez producida su maduración. Este último problema se puede superar introduciendo el sistema cambiante de polos de desarrollo, que entonces recomendaba, en el esquema de centro-periferia multipolar fuerte, que ahora propongo, como extensión del de Galtung, y que tampoco creo muy lejano del espíritu original de Perroux.

BIBLIOGRAFIA

- A. KUKLINSKI: *Regional Studies. Quo vaditis?* (Mimeografía.) Polish Academy of Sciences, Warszawa, 1979.
- J. FRIEDMAN: *Territory and Function*, 1979.
- P. FRUNCK: *Frontiers of Regional Science, Theory, Problems and Planning. A Panel*, 1975.
- J. R. LAUSÉN: *La España Mediocrática*, 1979.
- J. ROBINSON: «The second crisis in Economic Theory», en *American Economic Review, Papers and Proceedings*, 1972.
- : «On growth Poles», en *Urban Studies*, 1969, vol. 2.
- F. PERROUX: «Note sur la notion de pôle de croissance», en *Economie Appliquée*, junio 195.
- G. MYRDAL: *Economic Theory and Underdeveloped Regions*, 1957.
- A. HIRSCHMAN: *The Strategy of Economic Development*, 1958.
- J. SCHUMPETER: *The Theory of Business Cycles*, 1937.
- M. MARUYAMA: «The Second Cybernetic: Deviation-Amplifying Mutual Causal Processes», en *American Scientist*, 1963 (51).
- L. VON BERTALLANFY y R. S. NAROU: «The principles of Allometry in Biology and the Social Sciences», en *General Systems Yearbook*, 1956.
- ASHBY: «Principles of the Self-organizing System», en *Principles of self-organization* (H. von Foerster), 1962.
- J. FRIEDMAN y W. ALONSO: *Regional Development and Planning*, 1964.
- P. DAHRENDORF: *Class and class conflict in Industrial Society*, 1959.
- A. G. FRANK: *Latin American: Underdevelopment or Revolution*, 1970.
- J. MCNEIL: *The Rise of the West*, 1963.
- J. GALTUNG: «A Structural Theory of Duperialiom», en *Journal of Peace Research*, 1971, vol. 2.
- F. FANON: *The Wretched of the Earth*, 1963.
- C. GEERTZ: *Peddlers and Princes*, 1963.
- M. SANTOS: «Spatial Dialectics: The two circuits of urban economy in underdeveloped countries», en *Antipode*, 1979 (9).
- T. G. MCGEE: *The Urbanization Process in the Third World*, 1973.
- J. R. LAUSÉN: *Ensayos sobre Economía Regional y Urbana*, 1976.